

***Bartolomé de Las Casas: conquête, domination, souveraineté.* Luis Adrián Mora. París: Presses Universitaires de France, 2012. 262 páginas.**

Bernal Herrera Montero  
Correo electrónico: bernalhe@yahoo.com

El libro de Luis Adrián Mora reúne diversos méritos. Uno de los principales es el centrarse no en la figura de Las Casas, monumental en varios sentidos del término, sino en su obra como pensador. Y dentro de tal pensamiento, desplazar el foco de atención de los planos éticos e históricos, los más analizados, a uno más estrictamente político. El autor explora diversas facetas de la filosofía política de Las Casas, en especial su rechazo de la conquista militar como fundamento suficiente para el surgimiento de una dominación legítima. Mora analiza con algún detalle cómo Las Casas, contrario a lo que autores como Sepúlveda afirmaban por esos años, niega que la guerra pueda fundamentar por sí sola una dominación legítima, una *polis*. Para Las Casas, dice Mora, la guerra asume la existencia de bandos enemigos, a los cuales dividirá en vencedores y vencidos. No es que para el dominico la guerra sea ilegítima *per se*, o que no pueda dar origen a una *polis* legítima, en particular si la guerra misma lo había sido, sino que pasar del estado de guerra a un gobierno legítimo requiere que las relaciones entre los bandos dejen de articularse según la dicotomía vencedores y vencidos y pasen a articularse mediante relaciones sociales que los integre de otras formas: súbditos por igual de la corona, afirma Las Casas, o ciudadanos con igual acceso a derechos, se diría hoy en día. Es decir, se trata justamente de lo que no pasó con la mayoría de los grupos indígenas que durante la vida de Las Casas habían sido sometidos al dominio español y que, lejos de ser integrados en el cuerpo político de la monarquía española con derechos similares a los que gozaban otros sectores populares, siguieron siendo tratados como vencidos de guerra. Tres siglos antes de Marx y cuatro antes de Carl Schmidt, Las Casas veía el mundo colonial hispanoamericano como regido por relaciones de guerra. Una guerra cuyas demarcaciones iniciales fueron religiosas, para luego ser racializadas, y que fue emprendida por todo un aparato represivo y de control cuya pieza central, como acertadamente lo observó Las Casas y se expone el texto, era la encomienda, de infausta memoria.

Otro mérito importante del texto es ubicar el pensamiento del dominico en un doble contexto: el de los debates que en esa época se daban sobre la conquista y colonización de América, y el de la capilaridad del poder, en este caso del que se desplegó sobre el terreno de lo que hoy se llama Centroamérica, en especial Costa Rica y Nicaragua. El primer contexto define las posibilidades y límites de los debates

sociopolíticos en que participó Las Casas, mientras que el segundo muestra cómo se manifestaban, en las prácticas locales, las orientaciones y políticas debatidas por los intelectuales de la época. Mora inserta el pensamiento de Las Casas en un pensamiento colectivo que lo engloba, al tiempo que analiza el despliegue histórico de instituciones como la encomienda o la esclavitud.

El texto es valioso no solo por lo que afirma explícitamente, sino también por lo que niega implícitamente, caso de la perspectiva basada en una supuesta contradicción nítida entre lo moderno y lo medieval, muy simplista pero aún presente en los estudios coloniales hispanoamericanos. El texto también toca, así sea muy brevemente, temas importantes como la centralidad que las discusiones sobre los procesos americanos en el surgimiento de la modernidad temprana, o la conexión existente entre ellos y los que, de manera previa y simultánea, tomaron lugar con las empresas europeas en las costas e islas de África Occidental.

Inevitablemente, el texto también exhibe limitaciones. Tal vez la principal sea la dificultad de realizar un análisis relativamente novedoso con la terminología y métodos analíticos transmitidos por el conservatismo usual en las escuelas de filosofía, disciplina del autor. Bastante más útiles, para el tipo de análisis hechos por el autor, podían haber resultado la terminología y posibilidades analíticas presentes en tendencias como los Estudios Poscoloniales o el grupo Modernidad/Colonialidad, desgraciadamente poco estudiados y menos utilizados en la filosofía académica latinoamericana y europea. Una segunda limitación consistiría en la aceptación dada a la dicotomía indígenas vencidos/europeos vencedores, la cual estructura el grueso de la escritura europea sobre los procesos americanos del siglo XVI, incluida la de Las Casas, dicotomía que es necesario matizar dadas las alianzas entre indígenas y españoles, las luchas internas a ambos grupos, y la diversa posición de diferentes grupos indígenas y españoles en el mundo colonial del XVI.

Las relaciones entre evangelización y conquista no es tema explícito importante del libro, pero lo subyace, y siguiendo a la mayoría de quienes lo han tratado, parece aceptarse que la religión fue pretexto y coartada para la conquista. Se afirma en algunas partes que siendo la ganancia material el único objetivo de la empresa, la evangelización no se realizó. La historia enseña, sin embargo, que ya en el XVI las poblaciones conquistadas fueron evangelizadas, al menos si entendemos por eso la obligación de aceptar las creencias y prácticas católicas en el ámbito de la vida pública. La fuerza de esta conquista espiritual es evidente: el mismo continente que se independizó de España hace doscientos años sigue siendo el más católico del mundo. El punto no es si la religión funcionó o no como coartada para la conquista y colonización de América, pues es claro que lo hizo, sino si la corona española, los conquistadores y los colonizadores no fueron utilizados, en igual o mayor medida, y con mayor éxito en el largo plazo, por una Iglesia Católica que atravesaba por entonces una situación difícil en Europa. Un tema relativamente poco explorado a la fecha.

El libro de Mora es una aportación de primer orden en varios ámbitos: el pensamiento de Las Casas, los procesos de conquista y colonización de América, la

filosofía política del XVI, la impronta americana en el surgimiento de la modernidad temprana. Ojalá reciba la difusión que merece, algo que en el mundo de habla hispana que constituye su público privilegiado requerirá de una traducción que ojalá se emprenda pronto.

